



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



15 de diciembre de 1888



Núm. 59



EL COLUMPIO

UN RATO DE CHARLA



TERMINARON las fiestas escolares, no añadiendo ahora aquello de «dejando en el ánimo de todos los más gratos recuerdos,» etc., etc., porque ya es de suponer que las fiestas no suelen dejar recuerdos malos.

El programa fué muy divertido y seguramente mereció la aprobación de todos: un certamen literario, baile, banquete y función de teatro á beneficio de los pobres.

Como esta clase de ceremonias suele ser lo mismo tratándose de estudiantes que de gente sin estudios, doy por reseñado todo lo concerniente á los súdichos festejos, pero no respecto á los escolares en sí.

La mejor manera de apreciar el conjunto fué presenciando la procesión cívica, y, por lo tanto, sólo de esto hablaré.

Era el día de Santa Bárbara, hermosísimo; uno de esos días en que parece haberse trasladado á estos barrios el cielo y el clima de Andalucía.

La hora señalada para la salida era las dos de la tarde. Ignoro si se salió efectivamente sesenta minutos antes de las tres, pero la verdad es que á las cuatro de la tarde la cola de la procesión se encontraba aún en la plaza de San Jaime, un kilómetro á corta diferencia del punto de salida.

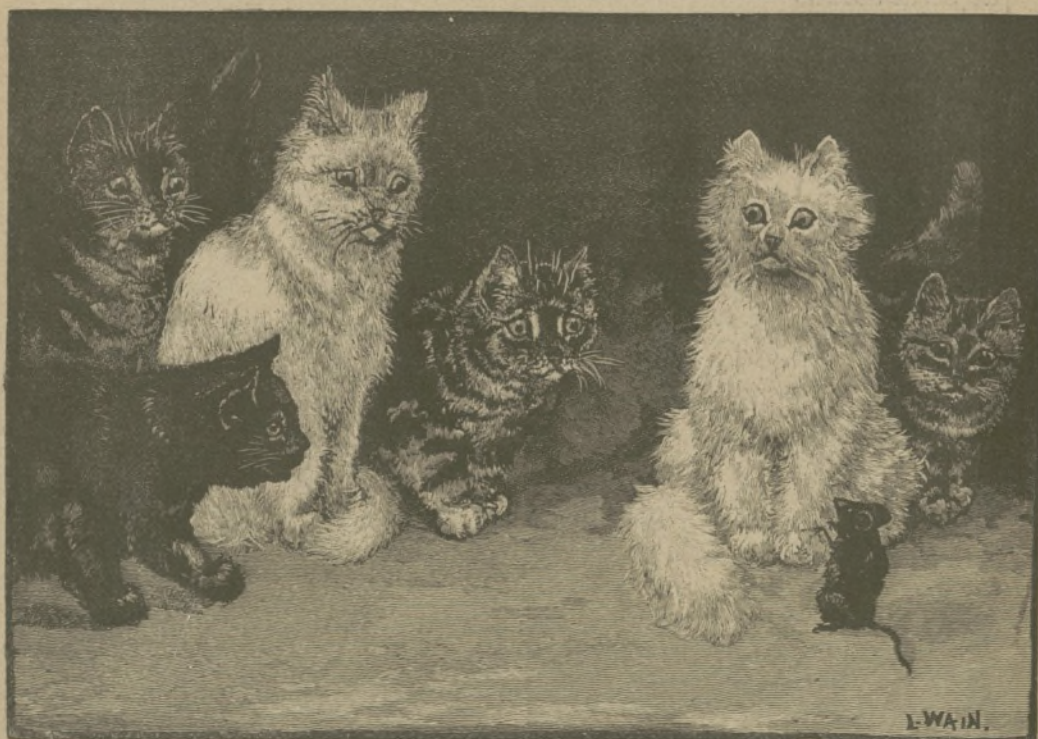
Y es que no se trató de un *monomio*, como dicen los estudiantes de París, sino de un *polinomio* de los más complicados.

Rompían la marcha nuestros municipales de á caballo, y marchaban de vanguardia varios colegios de segunda enseñanza, así de esta capital como de otras provincias, precediendo á sus respectivos estandartes, entre los cuales llamaba justamente la atención el de los escolares de Málaga.

No se ha visto mejor humor que el que gastaban aquellos niños, andariegos como ellos solos; tanto, que se dejaron atrás un gran trozo de sus compañeros de avanzada.

Más pendones bonitos: el de la Escuela de Náutica de Barcelona, figurando una vela de raso, y el de la Escuela de Bellas Artes, en forma de un precioso tapiz.

Fueron desfilando poco después las Universidades de Granada, Madrid, Sevilla y Valencia, representadas por un personal que, con justicia, era objeto de los mayores elogios por su distinguido porte y la inteligencia que se veía retratada en todos los semblantes. Como cuestión de riqueza en los estandartes, llevóse la palma la ilustre ciudad de San Fernando.



Los gatos y el ratoncillo

Formaban á retaguardia las facultades de esta Universidad, llamando la atención el crecido número de estudiantes de medicina y leyes. Finalmente, presidían la procesión el señor alcalde y varios otros señores de cuyo empleo ó cargo no se me ocurrió enterarme.

El personal que concurrió á la procesión cívica (denominación que no acaba de gustarme) fué altamente simpático á todo el mundo, pues nada es comparable al espectáculo de una juventud inteligente, viva, generosa, como se veía ser la que desfilaba bajo aquellos pacíficos estandartes por las calles de la capital. Clásicos tipos españoles en su inmensa mayoría, porvenir de la nación, que

los salvadores parlamentarios de la patria quieren convertir en rayos de la guerra, al estilo de Alemania y Francia.

Pero el caso es que, ya fuese por verdadera dificultad, ya por maliciosa respuesta á lo que se estaría á la sazón discutiendo en el Congreso de los Diputados, los estudiantes demostraron prácticamente que en este país no cabe eso de las movilizaciones rápidas; que aquí somos y seremos siempre valientes porque sí, pero incapaces de funcionar como maniquíes. Cuanto se haga y se legisle sobre ejércitos á la prusiana será escribir en la arena, pues se tropezará siempre con la imposibilidad de las movilizaciones.

Nuestros Moltkes militares y paisanos han de buscar otra táctica para la guerra en España.

Ver aquella procesión de estudiantes pasar por la calle de Fernando, é imaginarse que es posible convertir en soldados con uniforme á aquellos chicos, es imaginar que puede haber un choque entre Urano y el planeta Marte, de suerte que se fusionen.

Caras de futuros sabios, de futuros hombres de Estado, de futuros artistas de provecho, de inteligentes comerciantes, de hábiles marinos, sí se veían muchas; pero en cuanto á fisonomías que revelasen belicoso entusiasmo, vi muy pocas.

La misma algazara promovida por aquella alegre gente tenía un carácter marcadamente civil, diferente de la batahola guerrera y de la barahunda popular. Indudablemente Minerva cuenta todavía con jóvenes amables, todos á su entera devoción.

Daba gusto ver la satisfacción que reflejaban los semblantes de aquellos gallardos escolares al encontrarse hermanados en una común manifestación. ¡Espectáculo inolvidable, consolador, el de aquella fraternidad!

Y ahora, por más que la observación interese más especialmente á los sastres que á mis lectores, haré notar que todos los estudiantes iban muy bien vestidos, abundando los chaquets, levitas, fraques y sombreros de copa, lo cual vale más que no el antiguo desaliño de los héroes de Quevedo y D. Ramón de la Cruz, bueno para celebrado, mas no para repetido.

Más hubiera deseado decir, pero me falta espacio.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

P. D. El estandarte de Málaga, á que me he referido, fué costado por los alumnos de aquel Instituto, de los cuales partió la idea, y de los colegios Español, de San Rafael, de San Miguel, de San Jorge y otros.

La confección corrió á cargo del Sr. Cappa, discípulo del Sr. Martínez de la Vega, re-



El niño en el campo.—III. El descanso

sultándole una obra verdaderamente preciosa, tanto por su riqueza como por su mérito. El anverso representa un estudiante *de allá por los siglos*, con su sombrero, su manteo y su cuchara, en actitud de depositar una corona sobre el escudo de la ciudad condal, viéndose en lontananza del paisaje la silueta de Málaga la bella. El reverso contiene una dedicatoria de aquellos estudiantes, pintada con delicado gusto por el Sr. Matarredona.

Enriquece la obra un hermoso fleco de oro, que armoniza perfectamente con los colores y el corte arabesco del estandarte.



EL INVIERNO

DENTRO de muy pocos días estará ya entre nosotros. Han caído las primeras nieves y las últimas hojas. Los hielos no pueden faltar. Sin embargo, no me propongo hablaros de las fases que en esta época caracterizan á la naturaleza. Las conocéis tanto como yo; por manera que llenar unas cuartillas hablándoos del frío sería sólo malgastar el tiempo, y el tiempo hay que aprovecharlo: para hacer algo no debemos desperdiciar ni una sola de sus horas, de sus minutos, ni de sus instantes.

Os diré sólo el provecho que del invierno podéis sacar.

Sus días son muy cortos, queridos niños, y sus noches sobradamente largas. Esta última circunstancia, añadida á lo crudo de la estación, os invitan más á disfrutar el confortable calor del hogar que á callejear ó á correr por las galerías, terrazas ó jardines de vuestra casa. Dentro de ella ¿qué hacer? ¿Hogar? Esto nunca. ¿Jugar? ¿Qué provecho reportan los juegos á un niño ya crecido? Estudiar y leer, esto es lo que se impone, la expansión más provechosa á la cual puede entregarse un niño.

Cuanto más se estudia, más cariño se cobra al estudio; cuanto más se lee, más afición se cobra á los libros: llegan á convertirse en el mejor amigo, en el más fiel camarada de los niños, y de los que ya no lo somos también.

En lo que debe presidir gran tacto es en la elección de las lecturas, ya que no son siempre las mejores las más oficiosamente recomendadas.

Buscad con preferencia libros de instrucción y recreo que á su amenidad reúnan lo que pueda seros útil, contribuyendo al desenvolvimiento de vuestros conocimientos y demostrándoos en estilo fácil y sencillo cuanto os conviene y debéis saber. Así aprovecharéis debidamente el tiempo, ya que habréis estudiado y aprendido sin sentir la aridez del estudio, sin percibir la fatiga de una lectura continuada.

Nada de cuentos pintorreados, nada de leer historias escritas con el piadoso ó diabólico fin de inculcaros ambiciones de ser *héroes* ó *sabios* prematuros. Nada de eso: los niños, niños; los hombres, hombres. Desechad asimismo esos libros que se recomiendan sólo por los oros y colorines de las tapas.

—Yo tengo un libro muy hermoso,—oí que en cierta ocasión decía un niño á un camarada suyo;—tiene unas tapas encarnadas y de oro, y *santos* de todos colores.



El niño en el campo.—IV. Retirada

Preguntéle que qué título llevaba y que si le gustaba su lectura, y con la mayor ingenuidad me contestó:

—Es que el libro no es para leer: es para *mirar* (rigurosamente histórico).

Para *mirar*, efectivamente: así son la mayor parte de libros que os ofrecen para que os instruyáis, animando de esta suerte vuestra imaginación,

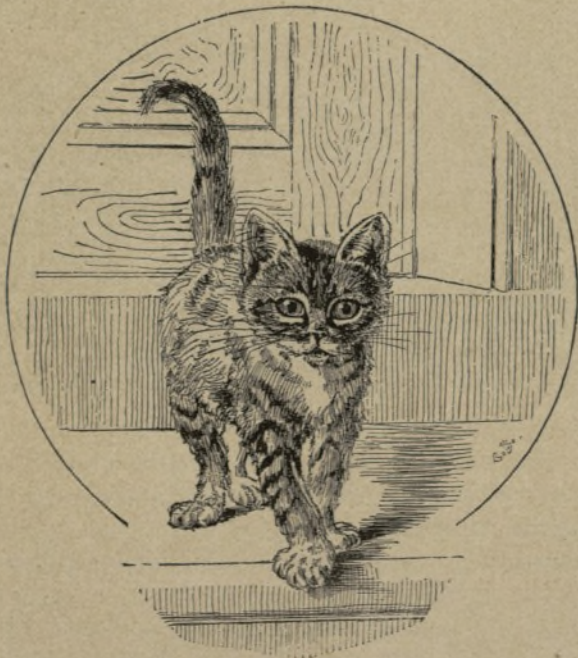
cohibiendo vuestra inteligencia, desarrollando sólo vuestra afición al cromo y á los colorines.

¿Que qué leeremos me preguntáis? La verdad es que yo apenas si conozco nada digno de vosotros, porque yo quisiera para vosotros lecturas especiales, fáciles, selectas, escogidas; algo que fortaleciese vuestra inteligencia, que la consolidara sólidamente; algo, en fin, que os pusiese en condiciones de ser una generación brillante, ilustrada, amante de su patria; que hiciese de las niñas mujeres ejemplares, y de los niños los mejores de los hombres. ¡Es tan deficiente la generación actual! Creedlo, queridos niños: la mayor parte de nuestras celebridades contemporáneas son figuras de barro con un baño de oro, fáciles, muy fáciles de quebrar; catones de vidrio que pueden hacerse mil añicos al primer papirotazo que se les arrime, ídolos tan falsos que los puede derribar el soplo de un niño. Tales son nuestras eminencias. No toméis por modelo á ninguna de ellas: no podríais elegir más falsos modelos.

Leed, pues, lo que vuestros superiores os indiquen; y como las veladas de invierno son de suyo tan largas y dan tiempo para todo, repasad algún día el primer tomo de vuestro semanario, y, de las obrillas que con él se os repartieron, no diré yo que sus páginas sean perfectas ni contengan lo mejor que podéis leer, pero á lo menos encontraréis en ellas mucha ingenuidad, la moral más pura y acrisolada á la inteligencia de un niño.

Leed y estudiad, que el porvenir es vuestro.

TRINIDAD DE LA ROSA



Bien arropada la gentil pareja
á casa vuelve al amor del sol,
que resplandece en el sereno cielo
enviando á la tierra su calor.



Todo sonríe en torno de los niños:
las ovejas les miran á los dos,
y les siguen los pájaros piando
y la gente les da su bendición.

A.



EL OCHAVO

JUNTOS cayeron en un bolsillo una pieza de dos céntimos y un mísero ochavo: nueva y muy reluciente ella; viejísimo, enmohecido y lleno de suciedad él. Miráronse ambos con curiosidad y extrañeza, y hablaron de esta manera:

—¡Hágase allá, hermano, que va a mancharme la cara! —dijo la pieza, de muy mal talante.

—Dispense V., *princesa*: no había reparado en que la trae V. tan limpitita; aunque me parece que no es todo oro lo que reluce.

—¡Desvergonzado!

—¡Orgullosa! ¡Vanidosuela!

—Soy una pieza recién salida del cuño, que brillo y sueno como el oro.

—¡Ta, ta, ta! —dijo con sorna el ochavo. —¡Buen oro te dé Dios! Por mucho que digas, nunca dejarás de ser del mismo metal miserable que yo.

—¡Miren el pobrete! ¡Que estoy hecha, dice, del mismo metal que él! ¡Qué más quisieras tú, puerco!

—No me insultes, porque llevas sangre de ochavo en tus venas y eres casi mi nieta.

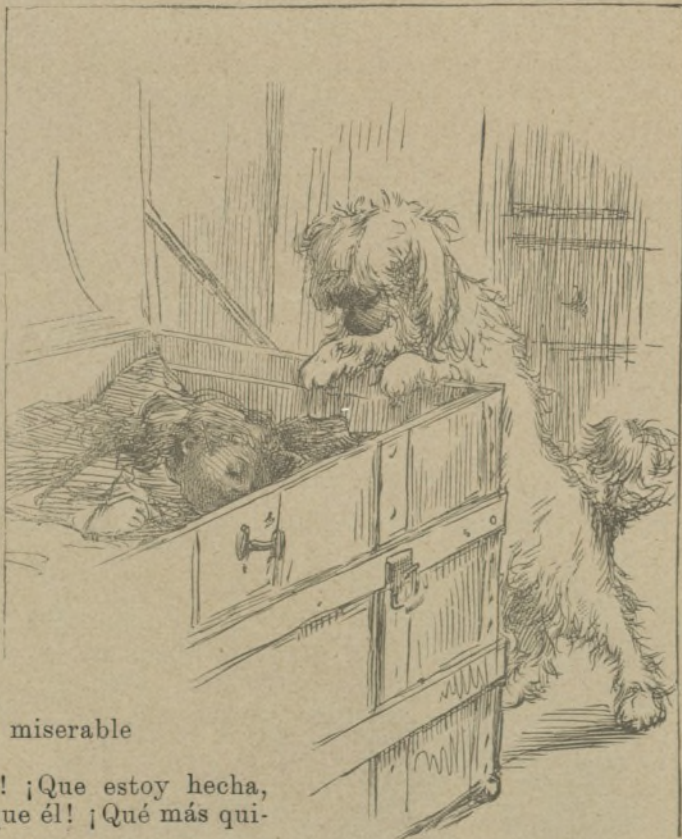
—¡No sé cómo te oigo con paciencia! ¡Vejestorio! ¡Antigualla! ¡Aparta, aparta! ¡Uf! ¡Qué tufo de pobreza y miseria!

—¡A mucha honra! Yo he sido y soy la moneda del pobre, pero tú has venido á sustituirme.

—¡Mentira, mentira! ¡Eso no puede ser! ¡Yo valgo más que tú, sucio y grosero ochavo! Mi forma es correcta, estoy embellecida por el arte, tengo el brillo y las vibraciones de los metales preciosos de que me formaron, soy pequeña y fina, limpia y reluciente como el sol.

—¡Qué atrocidad!

—¿Te burlas? —añadió la pieza. —Pues sabe, y muérete de envidia, que es ilustre mi linaje, é ilustre mi cuna. ¡Que lo digan, si no, aquellos cientos de millones de piezas compañeras mías, que unas junto á otras formábamos áu-



La niña y el perro

reo montón allá en la casa de la moneda! ¡No sabes, bobo, que yo represento un progreso, un adelanto! En fin, eres indigno de estar junto á una pieza como yo.

—¡Alabate, pavo! ¡Y ni siquiera vales la mitad de un *perro chico*! ¡Es para morirse de risa!

—Nada me importa tu risa, groserote, porque soy superior á ti; y aunque hoy, por mi desgracia, nos vemos juntos, no se me oculta, sin embargo, que mi destino es más alto, mal que te pese á ti y á todos los ochavos habidos y por haber; porque yo soy emblema de la abundancia, moneda del poderoso, codiciada por todos: me guardará la aristocrática dama en su carterilla de perfumada piel de Rusia, y de allí pasará á la gaveta del comerciante, á la caja del banquero, á...

Y no pudo seguir hablando, la pieza de dos céntimos, porque la interrumpieron dos dedos largos que entraron en el bolsillo y, cogiendo á la moneda entre sus uñas, la sacaron á la luz para dejarla caer en la sucia mano de un mendigo codicioso, que la miró con desprecio y la apretó con rabia entre sus dedos.

El viejo ochavo, oculto en un rincón del bolsillo, quedóse meditando si habría en el mundo personas que se pareciesen á aquella pieza nueva de dos céntimos.

ANTONIO FERNÁNDEZ NAVARRO



—+— NUESTROS GRABADOS +—

EL COLUMPIO

El Columpio es á su vez un lindo grabadito, muy elocuente como manifestación de tipitos callejeros.

LOS GATOS Y EL RATONCILLO

No es tan raro como podría creerse el hallarse en buenos términos gatos y ratones, aun sin estar amaestrados. En el presente caso se ve también que se trata de gatos muy bien educados y mejor cuidados, que, en lugar de irle con fieros zarpazos al ratoncillo, han creído más propio de su respetabilidad divertirse con sus gracias cual si se tratara de un clown de cuatro patitas y cola.



La primera nieve

EL NIÑO EN EL CAMPO

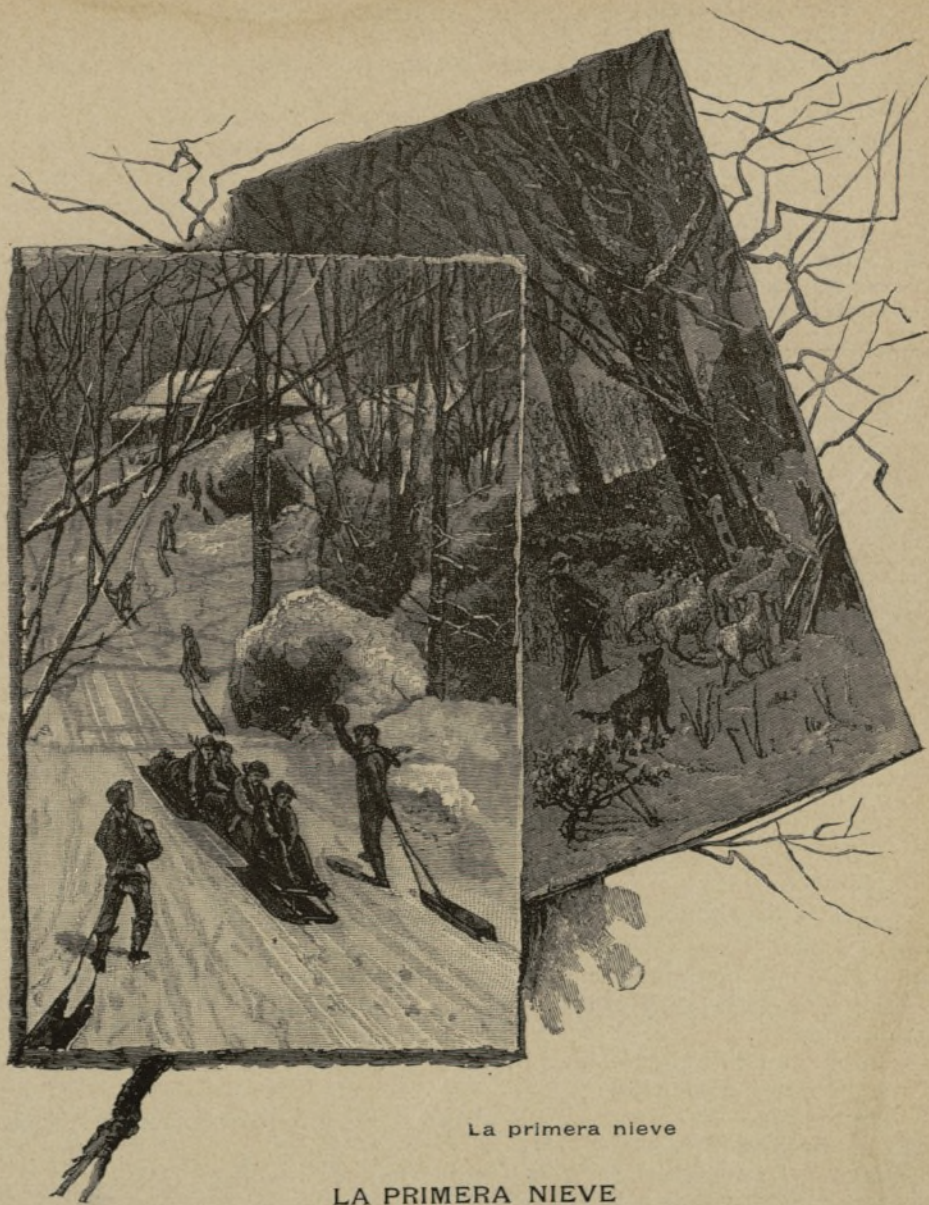
III. El descanso.—IV. Retirada

Cansado de jugar, de coger flores y de correr tras de las mariposillas, recuestáse el niño contra un vallado, y allí permanece como arrullado por la dulce brisa y acariciado por el canto de las aves. ¡Cuán mullido es aquel lecho de césped, cuán deliciosos los aromas que despiden las florecillas silvestres!

Allí permanece, y, cual si saliera de un arrobamiento, pónese de nuevo en pie, prosigue sus correteos, trisca y salta por el vasto campo, hasta que, acercándose la hora crepuscular, llega á sus oídos la voz maternal que le llama á casa. El niño, con profunda pena, interrumpe entonces su divertida persecución de mariposas y regresa al hogar, donde le esperan.

LA NIÑA Y EL PERRO

Cierto día, los padres de Clotilde, niña de tres años, no encontraban á ésta en toda la casa; y aunque nadie la había visto salir, envióse á un criado para ver si estaba fuera, pero no se la halló en ninguna parte. Registróse el jardín y todas las dependencias, pero inútilmente: la niña no parecía ni viva ni muerta, y al fin los padres comenzaron á inquietarse. De repente el perro comenzó á ladrar, como si el inteligente animal quisiera dar algún aviso. El papá y la mamá corrieron en su busca, y en la habitación más retirada viéronle de pie apoyado en un gran cofre donde la niña se había introducido y dormía tranquilamente.



La primera nieve

LA PRIMERA NIEVE

Las ovejas y carneros se retiran á la granja, y las vacas no salen ya del establo porque empieza á caer la primera nieve. Todos parecen temer los blancos copos, que caen pausadamente formando una alfombra de deslumbrante blancura; pero Alberto y Juanito, Carlos y Pepe, están en sus glorias, porque tienen ya preparados sus trineos y patines, y, lejos de temer la nieve, buscan en ella su diversión favorita, que es á la vez para ellos la más saludable.

TRAVESURA

La mamá de Paquita tiene un tiesto de claveles en el que ya se ha formado un capullo que está á punto de abrirse, y ha recomendado á su hija que no le toque; pero la niña no

hace caso, y, subiendo al canapé, acércase á la ventana y corta el tallo que sostiene el futuro clavel.

—¿Qué has hecho, pícara?—exclama la mamá.—¿No te he dicho que no tocases el tiesto?

Pero Paquita se ríe, y, entregando el capullo, contesta:

—Tómale, mamá; vuelve á ponerle.

¡AH DE CASA!

¡Con qué ansiedad espéra ese niño á que le abran la puerta, anheloso por encontrarse en medio de sus padres y hermanos! Sin que la comparación pueda parecer humillante, bien puede decirse que hay muchos niños un tanto parecidos á los gatos en el cariño que sienten por el hogar doméstico.



LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

Augusto levantó los ojos. Tenía la mirada extraviada, febril y sombría; pálido el rostro, los ojos ardientes. No había dormido en toda la noche, pero había estado de continuo atormentado por pesadillas y alucinaciones.

—Augusto,—repuso Dorotea;—¿no me conoces? Soy Dorotea. Despierta: es ya de mañana.

—¡De mañana!—repitió él.

Y se levantó lentamente.

—Voy,—dijo,—á encontrar al abuelo. ¡Es tan bueno siempre! Quizás podría salvar Hirschvögel.

En aquel momento resonaron fuertes porrazos en la puerta, y una voz extraña pronunció estas palabras:

—¡Abrid! ¡Vengo á buscar la estufa!

Augusto cerró los puños y sus miradas centellearon.

—¡No os atreveréis á poner mano en él!—exclamó con violencia.—¡No, no lo tocaréis!

—¿Quién me lo impedirá?—dijo riendo el forastero, que acababa de entrar. Era un gordo bávaro, á quien la cólera de Augusto parecía divertir prodigiosamente.

—Yo,—respondió Augusto.—No lo habréis: antes me tendréis que matar.

—Strehla,—dijo el hombre gordo al padre de Augusto, que acababa de entrar;—teneis ahí un perrillo rabioso al que tenéis que poner un bozal.

Se le abozaló después de una resistencia desesperada, su padre le echó violentamente fuera, y los hombres que el bávaro había traído consigo comenzaron á embalar la estufa.

Cuando Dorotea salió de la casa en busca de Augusto, éste había desaparecido. Subió al lado de Gilda, que estaba enferma, y sollozó amargamente á la cabecera de su hermanita.

Cuando la estufa estuvo bien acondicionada, los hombres la colocaron sobre un trineo tirado por bueyes. Augusto entretanto había quedado como atontado por algún tiempo á consecuencia de la lucha encarnizada que acababa de sostener. Un viejo vecino que venía de sacar agua del pozo le vió llorar y le preguntó la causa de su pesadumbre.

—Consuélate,—le dijo sonriendo el buen hombre;—no le sucederá ninguna desgracia á la estufa: las gentes que la han comprado la cuidarán, porque el bávaro se la hará pagar muy caro. Entonces tú, cuando seas mayor, irás á encontrarla donde estará.

El buen hombre decía esto para consolar á Augusto, sin prestar por otra parte grande importancia á sus propias palabras; pero

hicieron nacer en el ánimo del niño una súbita resolución: no esperó á ser mayor para seguir á Hirschvögel, y lo siguió ya desde aquel momento.

Por otra parte, ¿qué haría en Hall? Estremeciase al pensar que pudiese encontrarse de nuevo cara á cara con su padre. Hallábase, de momento, en ese estado de exaltación en que lo imposible parece lo más natural del mundo. Todavía quedaban lágrimas en sus mejillas, pero no lloraba ya.

Fué á esconderse bajo el pórtico de la iglesia para observar los movimientos del hombre que había comprado la hermosa estufa. Después de una larga espera vió que colocaban el mueble sobre el trineo tirado por los bueyes. Dos bávaros de los que habían venido subieron á su lado. Augusto les siguió de lejos.

El trineo se dirigió á la estación del ferrocarril. Desde Hall, por el ferro-



Travesura

carril, se va hacia el norte ó hacia el mediodía. ¿Tomaría Hirschvögel por el uno? ¿Tomaría por el otro? No había de tardar Augusto en saberlo.

Había vagado á menudo alrededor de la estación para ver pasar los trenes. Su presencia no fué notada. En aquel país la gente tiene buen corazón y excelente carácter: es el paraíso de los niños y de los perros. Oyó á los bávaros disputar acaloradamente con los empleados, y supo que querían partir al mismo tiempo que la estufa. Pero esto era imposible: la estufa no podía marchar en un tren de viajeros, y los bávaros no podían viajar en el tren de

mercancías. Entonces se decidieron á asegurar el precioso bulto por una fuerte suma y dejarlo partir en el tren de mercancías que debía pasar media hora después. Es raro que los trenes rápidos se dignen fijarse en la existencia de Hall.

Augusto lo había oído todo, y en su alma de niño tomó una resolución desesperada. Seguiría Hirschvögel doquiera que fuese. Pensó, suspirando, en la pobre Dorothea, á la que iba á dejar sola, y en seguida comenzó los preparativos de viaje. Cómo se las compuso no lo ha sabido claramente ni aun él mismo; pero lo cierto es que al cabo de media hora, cuando el tren de mercancías partió de Hall, Augusto estaba escondido detrás de la estufa, en medio de una porción de objetos de toda procedencia.

Estaba oscuro como boca de lobo el vagón, pues apenas si entraba alguna luz por un pequeño ventanillo, y reinaba en él un olor muy pronunciado á jamones y piel de Rusia; pero Augusto no tenía miedo: estaba al lado de Hirschvögel, y por de momento no pensaba sino en la manera de meterse den-



¡Ah de casa!

tro de la estufa, á fin de estar bien seguro de que nada les separaría durante el viaje. Era un chico muy avispado; y como se había encontrado en la faltriquera con dos groschen (1) de plata que había ganado el día antes cortando leña, había comprado un poco de pan y salchichón á una buena mujer que hacía su comercio á la menuda en la estación. La tal buena mujer había creído que Augusto partía para hacer una visitilla al chalet del tío Joaquín, más arriba de Genbach.

(Se continuará)

(1) 8 groschen equivalen á un franco.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.